

Presentación

I. Actividades en el entorno de *Montly Review*. *Selecciones en castellano*

Como habíamos anunciado en la anterior Presentación, a finales del pasado año los editores de esta publicación, así como algunos colaboradores muy próximos, participamos en un curso de libre elección de la Universidad de Barcelona organizado por Món-3 sobre temas seleccionados de la economía política contemporánea. En términos generales, la experiencia ha sido muy provechosa. Aparte de su interés académico, ha sido útil para difundir la revista y, sobre todo, la manera de analizar algunas de las cuestiones fundamentales que marcan conflictivamente el día a día en el sistema de sociedades y que, siguiendo a Paul M. Sweezy (y G. Lukács), denominamos la perspectiva del presente como historia.

Sabemos que tenemos un público importante y del cual, en ocasiones, nos llegan valoraciones positivas y también sugerencias. Lo apreciamos, sinceramente, en todo lo que vale. Pero hemos de reconocer que hemos tenido algunas dificultades para tener una presencia mayor en el espacio público y para acceder a esos lectores y lectoras potenciales. La mayor parte de nuestro esfuerzo se ha concentrado en elaborar cada número con rigor y haciéndolo lo mejor posible en la esperanza de que en el futuro inmediato podamos mejorar la comunicación con nuestros actuales lectores y lectoras, así como también con los futuros. No podemos sino pedir una vez más la colaboración de los lectores en la difusión de la revista, de sus ideas y de su perspectiva de análisis, en el bien entendido de que cualquier proyecto de esta naturaleza tiene futuro si la mayor o menor pertinencia de sus análisis convive, además, con la percepción de que

es también el proyecto de una comunidad de lectores y lectoras que comparten algunos valores y una manera de mirar y de estar en el mundo. Quizá la aparentemente extraña longevidad y buena salud de la edición estadounidense no tenga más secreto que la vitalidad de esa comunidad y su capacidad para renovarse manteniendo lo mejor de su historia y tradición.

II. Movimientos obreros de hoy

Las coyunturas históricas de cambio de siglo son una situación inmejorable para proceder a hacer balance del estado de las cosas. En el caso de esta revista, del estado de los diversos fenómenos y acontecimientos que configuran y afectan al sistema mundial de sociedades, de cómo estas organizan su producción, sus relaciones de poder, internas y recíprocas, sus estructuras sociales. Este es el terreno clásico de la economía política. En esa dirección, por ejemplo, el número anterior y el siguiente constituyen dos entregas de una especie de balance de los fenómenos viejos y nuevos que están caracterizando a la economía global en estos inicios del nuevo siglo (véase MR. *Selecciones en castellano*, n° 4 y n° 6, «Rupturas y continuidades en la economía-mundo»).

Creemos que esta es también una buena ocasión para repensar, en el presente volumen, cuál es la situación de las clases trabajadoras en el sistema mundial y, sobre todo, la situación del movimiento obrero después de los vertiginosos vaivenes de la historia durante el siglo pasado, específicamente los producidos en las clases trabajadoras por el impacto de varios acontecimientos relevantes, entre ellos el inesperado fortalecimiento del capitalismo del bienestar en el primer mundo, el colapso del «socialismo real» en 1989, la extensión mundial de la desigualdad de oportunidades y la precarización laboral de las últimas décadas, la crisis de la izquierda radical y, en la lejanía, 1968 y el postindustrialismo; todo ello rematado, como es notorio, por el auge del neoliberalismo durante el último cuarto de siglo y la correspondiente debacle producida en los derechos de los trabajadores. Como concluyen los Magdoff en un trabajo reciente: «Estos son tiempos difíciles para los trabajadores»¹. Pero ¿es así en todas partes? Y ¿cómo ha afrontado el movimiento obrero estos y otros envites?

El título del volumen ya indica al lector o lectora que esa evaluación de síntesis concluye con la impresión de que la situación de las fuerzas organizadas y el ímpetu de la asociación obrera son tan variados a lo largo y ancho del planeta que no puede hablarse ahora mismo del movimiento obrero, en singular, sino de movimientos obreros, diversos, plurales y comprometidos con proyectos sociales y políticos de orden muy variado. Pero, para empezar, también estamos convencidos —y así lo demuestran los análisis de este volumen— de que, desde luego, esos movimientos obreros *existen*: son una pieza más dentro de una tradición más que centenaria, que bregan con problemas nuevos y realizan aportaciones originales pero que, en lo fundamental, lo que hacen es configu-

rar los mecanismos de acción colectiva de los que se dotan los asalariados y asalariadas para intentar mejorar su condición y, si la situación es propicia, avanzar hacia nuevos órdenes sociales, algo que los vincula inequívocamente con la tradición anterior y que, a pesar de lo dicho, nos permite interrogarnos en este libro sobre el movimiento obrero como un todo y pulsar, en una muestra de situaciones, su estado actual.

Decimos que el movimiento obrero *existe*, una obviedad para algunos, porque tanto desde medios académicos como, algo más sorprendente, desde ciertos medios de la izquierda institucional hace ya años que se ignora o minimiza esa existencia, supuestamente por irrelevante o porque no ha estado a la altura de las circunstancias históricas (cumpliendo un papel preasignado de sujeto revolucionario). Esta última posición, por ejemplo, se ha expresado repetidamente en este país, en medios afectos al comunismo de la tercera internacional; la última vez, muy recientemente, por parte de Julio Anguita.² Trataremos a continuación de esta y otras cuestiones, y confusiones, como parte de la presentación de los diversos capítulos de este libro.

¿Qué es el movimiento obrero?

Como sabemos, la clase trabajadora es uno de los productos estructurales inequívocos del capitalismo industrial. Pero también, según Marx, su probable sepulturero. La convicción profunda de muchos de los activistas de los movimientos que rodearon la aparición de esa clase, y también la de no pocos observadores externos, era la de un futuro de polarización extrema (una reducida élite de capitalistas inmensamente ricos y una masa arrolladora de productores desposeídos y con unos estándares de vida míseros) y de crecimiento permanente de la clase. *Proletariado* fue una denominación ajustada a esas premisas. Volveremos después sobre la cuestión porque los acontecimientos históricos posteriores a esas expectativas se puede decir a la vez que en parte las han satisfecho y en parte no porque la realidad ha transitado por caminos inesperados y bien diferentes.

Movimiento obrero ha sido y es una manera de denominar uno de los aspectos centrales de la lucha de la clase asalariada dentro del capitalismo por mejorar sus condiciones de vida y presentar alternativas al sistema de mercado. Se trata claramente de un movimiento social, «general» lo denomina uno de sus analistas académicos más celebrados,³ que amalgama las tendencias hacia la acción colectiva con un grado importante de espontaneidad y poca formalización dentro de las clases trabajadoras y los movimientos políticos socialista, comunista y anarquista. Los movimientos sociales son estructuras informales diseñadas para dar continuidad a la protesta desde abajo basándose en la asociación informal, la construcción de redes de apoyo en el seno de la comunidad, el establecimiento de microsociedades que experimentan con los objetivos del movimiento...

Hobsbawm ha descrito muy bien este aspecto de la cuestión para el movimiento obrero:

[...] la conciencia de clase y la unidad (la solidaridad, la lealtad) constituyen dos de las más elementales lecciones de la experiencia espontánea del proletariado [...].⁴

Pero, como todos los movimientos, el que nos ocupa tiende también a generar *organizaciones de movimiento social* (OMS), es decir, organizaciones formales (dotadas de estatutos, membresía formal y acreditada, cuotas de sostén, voz pública e interlocución reconocidas, etc.) principalmente de dos tipos: los sindicatos y los partidos enraizados en la clase trabajadora.⁵

Como puede verse, disponemos de varios términos que, relacionados con la clase de los trabajadores asalariados, se encuentran en un área de proximidad pero no designan idéntico objeto. Una cosa es la clase en su conjunto, la *clase trabajadora* o clases trabajadoras; otra, su sector históricamente más dependiente del trabajo industrial, desposeído y en una posición estructural típica de subordinación severa y precario nivel de vida: el *proletariado*; una tercera, el *movimiento obrero*, que designa la disposición permanente a la acción y a la constitución de instituciones informales para el apoyo mutuo y la acción conjunta dentro de la clase o el sector proletarizado de esta; y una cuarta, como parte del movimiento obrero en tanto que movimiento social, las organizaciones formales de que se dota aquel: *sindicatos y partidos de base obrera*. El objeto de este volumen se centra en las nociones tercera y cuarta. Cuando nos referimos al movimiento obrero, estamos hablando de tres nociones y objetos que son además históricamente móviles: el movimiento social de los trabajadores y trabajadoras, los sindicatos de clase y los partidos de base obrera.

Estas distinciones permiten entrever la debilidad de los argumentos sobre una supuesta «desaparición» del movimiento obrero. El proletariado sí que ha desaparecido (pero en las sociedades del primer mundo; la denominación sigue siendo probablemente la indicada para englobar a esa enorme masa de trabajadores «desechables»⁶ que se detecta en el nivel global). También se puede argumentar que la clase trabajadora (obsérvese que en esa región de las sociedades industriales avanzadas las menciones a la clase *obrero*, como efecto de los cambios objeto de nuestro comentario, son cada vez más infrecuentes) se ha hecho mucho más compleja y «segmentada», con lo que en consecuencia se halla ubicada en sectores notoriamente diversos de la estructura de clases. Por otro lado, se puede argumentar con datos sólidos que los «componentes» del movimiento obrero han pasado por transformaciones muy serias: los partidos de base obrera exclusiva sí que han desaparecido (por buenas razones, visto desde los intereses de las organizaciones partidarias), y los sindicatos presentan una enorme variedad de categorías internas, sufren importantes contradicciones (en el primer mundo se los puede considerar, y así son tratados socialmente de

manera mayoritaria, como instituciones de orden) y tienen cada vez más problemas para representar al conjunto de la fuerza de trabajo.

El movimiento obrero ha cambiado, pues. Pero no se ha extinguido. Sobre todo si tomamos en consideración su tercer, y principal, componente: una y otra vez, como una especie de ley universal, se constata que mientras exista el capitalismo industrial la disposición de la fuerza de trabajo a la acción colectiva para defender conjuntamente sus intereses está garantizada; como también lo está que, aquí y allí, surjan tendencias a diseñar visiones alternativas al orden existente, «utópicas», tal vez minoritarias y evanescentes, a veces instrumentales (para atemorizar al contrincante), pero siempre presentes. Aunque en este punto no es difícil reconocer, en el primer mundo pero probablemente no sólo allí, que la era «postindustrial», en la medida en que ha diluido relativamente la centralidad exclusiva de la clase, ha producido un deslizamiento gradual, a nuestro entender de efectos globalmente positivos para el conjunto de la clase trabajadora, desde el énfasis en la clase al énfasis o primacía de la ciudadanía (recuérdense al respecto los episodios de protesta, ejemplares en este sentido, de Francia en 1995, de España en 1988 y del mundo en febrero de 2003, vinculados a las manifestaciones contra la guerra de Irak). El asunto está relacionado, en primer lugar, con el hecho de que las clases trabajadoras son ahora más diversas, en términos nacionales y globales, y actúan en un medio que excluye la densidad de clase propiciada anteriormente por la concentración en fábricas y talleres y en núcleos residenciales. Y se relaciona también con la progresiva sustitución de un conjunto de instituciones clásicas de la clase obrera, que respondían a una estrategia de la izquierda, por otro conjunto de instituciones diferentes que son parte de otra estrategia de izquierdas y que buscan ubicar al movimiento obrero en el terreno de las nuevas realidades.

En conclusión, decir que el movimiento obrero ha dejado de existir es una afirmación poco sensata que contradice la realidad de cada día. Lo que seguramente se quiere decir es que el movimiento ha decepcionado las expectativas que una cierta izquierda había puesto en él en tanto que supuesto supersujeto histórico para el cambio social. Pero esto, primero, es algo muy distinto a su desaparición y, en segundo lugar, hoy sabemos que el error no estaba en el movimiento obrero, sino en ese tipo de expectativas desmedidas y más propias de una religión que de un movimiento político moderno. Finalmente, la —por así decirlo— activación rupturista del movimiento es algo que no depende únicamente de la voluntad de sus miembros y elementos componentes sino, como se supone que saben los marxistas mejor que nadie, de la oportunidad o no que ciertos elementos estructurales y sistémicos ofrecen ocasionalmente para esa acción conjunta.

El trayecto contemporáneo del movimiento obrero

El capitalismo industrial, desde luego, no ostenta el monopolio de sistema explotador y opresivo. Las protestas de trabajadores y trabajadoras con anterior-

ridad a la aparición de los movimientos obreros modernos exhiben numerosas variantes (y también grandes debilidades). Podemos recordar dos tipos de protesta laboral premoderna muy celebrados. En primer lugar, el movimiento contra la introducción de la tecnología maquinaria cuyo episodio más conocido es el *ludismo* inglés, pero que es ya conocido en la Europa del siglo xvii; la oposición es tan fuerte que en Gran Bretaña, por ejemplo, se instaura en 1769 la pena de muerte para castigar la destrucción de fábricas y máquinas.⁷ Pronto aprenderán los trabajadores británicos, como subrayó Marx, a distinguir la maquinaria del uso que hace el capitalismo de ella, como también lo aprendieron los trabajadores de la mayoría de países donde se registran episodios de rotura de máquinas. Y podemos también recordar, en segundo lugar, la presencia en las grandes ciudades preindustriales de la *turba* urbana, que Hobsbawm describe con precisión como «el movimiento de todas las clases urbanas pobres encaminado al logro de cambios políticos o económicos mediante la acción directa — es decir, por el motín o la rebelión [...]».⁸ Unas formas y otras de defensa y protesta de pobres y trabajadores exhiben una incapacidad para imprimir continuidad a la protesta y carecen de formas de expresión organizada eficientes en el naciente mundo de las sociedades complejas de la modernidad.

El movimiento obrero irrumpe como nuevo actor en la política moderna precisamente en esa encrucijada, alrededor de mediados del siglo xix, en parte como resultado de la ola revolucionaria que, provocada por la crisis de 1847, incendia toda Europa.⁹ Y como explica muy bien, de nuevo, Hobsbawm,¹⁰ la decisión de tolerarlo y, en consecuencia, aceptar la acción de sus organizaciones, los sindicatos y los partidos obreros, se produce primero en Gran Bretaña hacia mediados de la década de 1860; en Francia, en la década de 1880, después de terminada la histeria posterior a la Comuna; en Alemania, después de Bismarck, con la supresión de las leyes antisocialistas; en Italia, durante la última década del siglo, etc. Por ejemplificar los desarrollos en algunos casos: por lo que respecta a Alemania, en 1875 se unifican los dos partidos obreros existentes y forman el SPD (el derecho de asociación existía desde 1869 en el Norte), que de organización conspirativa se convertirá en partido de masas en 1891, mientras que las confederaciones sindicales (las «asociaciones centrales») se formalizan en 1892 en el congreso sindical de Halberstadt. En Francia, se forma el Partido Obrero francés durante los primeros años de 1880, y en 1886 la Federación Nacional de Sindicatos. En España se crea el PSOE en 1879 y en 1885, en Barcelona, se funda la Unión General de Trabajadores. Poco después, la AIT, creada en 1864, deja paso a la era clásica de la segunda internacional, entre 1889 y 1914. Con todos ellos se hace presente también un abanico característico de instituciones del movimiento, como cooperativas, círculos culturales, clubes deportivos, etc., así como el repertorio moderno de la protesta social que llevan a cabo trabajadores y trabajadoras bajo el capitalismo industrial: la huelga laboral, la huelga general insurreccional, la petición, la manifestación, el sabotaje industrial, etc.

Es a este movimiento obrero clásico y en expansión arrolladora, estrechamente vinculado a la «vieja» izquierda, al que Wallerstein¹¹ atribuye correctamente, para sintetizar, una estrategia básica:

Era la llamada estrategia en dos fases: primero, hacerse con el poder del Estado; segundo, transformar el mundo. Habría que señalar tres puntos respecto a dicha estrategia: (1) probablemente era la única posible en su época, ya que un movimiento con cualquier otro tipo de estrategia era posible aplastarlo con el simple uso del poder estatal; (2) la adoptaron todos los movimientos principales: las dos ramas del movimiento socialista internacional, la socialdemócrata y la comunista, y los movimientos de liberación nacional; (3) la estrategia fracasó a causa de su triunfo. Los tres tipos de movimientos llegaron al poder en casi todas partes en el periodo 1945-1970, y ninguno de ellos pudo cambiar el mundo [...]

Por tanto, la idea es clara: la «vieja izquierda», y el movimiento obrero clásico como uno de sus componentes principales, trataron de hacer compatible una adaptación beligerante al capitalismo en el corto plazo (y es ahí donde los sindicatos han jugado su papel fundamental) con una estrategia de transformación sistémica a medio y largo plazo que descansaba tanto en construir una concentración de contrapoder político (los partidos de la segunda y la tercera internacional) como en una estrategia abiertamente insurreccional cuando las condiciones lo permitieran. Finalmente, de cara a nuestro tema principal en este libro, la era del movimiento obrero clásico generó entre sus miembros una densidad identitaria verdaderamente única, una «conciencia de clase» que Hobsbawm describe con su habitual elegancia y precisión:

A finales del s. XIX, las variopintas y nada homogéneas poblaciones que se ganaban la vida vendiendo su trabajo manual a cambio de un salario en los países desarrollados aprendieron a verse como una clase obrera única, y a considerar este hecho como el más importante, con mucho, de su situación como seres humanos dentro de la sociedad. O por lo menos llegó a esta conclusión un número suficiente como para convertir los partidos y movimientos que apelaban a ellos esencialmente en su calidad de obreros (como indicaban sus nombres: Labour Party, Parti Ouvrier, etc.) en grandes fuerzas políticas al cabo de unos pocos años. Por supuesto, los unía no sólo el hecho de ser asalariados y de ensuciarse las manos trabajando, sino también el hecho de pertenecer, en una inmensa mayoría, a las clases pobres y económicamente inseguras, pues, aunque los pilares fundamentales de los movimientos obreros no fueran la miseria ni la indigencia, lo que esperaban y conseguían de la vida era poco, y estaba muy por debajo de las expectativas de la clase media [...]. También los unía la tremenda segregación social, su estilo de vida propio e incluso su ropa, así como la falta de oportunidades en la vida [...]. Los unía, por último, el elemento fundamental de sus vidas: la colectividad, el predominio del «nosotros» sobre el «yo». Lo que proporcionaba originalmente a los movimientos y partidos

obreros su fuerza era la convicción justificada de los trabajadores de que la gente como ellos no podía mejorar su situación mediante la acción individual, sino sólo mediante la acción colectiva, preferiblemente a través de organizaciones, en programas de asistencia mutua, huelgas o votaciones, y a la vez, que el número y la peculiar situación de los trabajadores manuales asalariados ponía a su alcance la acción colectiva. Allí donde los trabajadores veían vías de escape individual fuera de su clase, como en los Estados Unidos, su conciencia de clase, aunque no estuviera totalmente ausente, era un rasgo menos definitorio de su identidad. Pero el «nosotros» dominaba al «yo» no sólo por razones instrumentales sino porque —con la importante y a menudo trágica excepción del ama de casa de clase trabajadora, prisionera tras las cuatro paredes de su casa— la vida de la clase trabajadora tenía que ser en gran parte pública por culpa de lo inadecuado de los espacios privados... Desde los partidos de fútbol a los mítines políticos o las excursiones en días festivos, la vida era, en sus aspectos más placenteros, una experiencia colectiva.¹²

Esta experiencia, y la estrategia de cambio asociada a ella, entra en crisis después de la Segunda Guerra Mundial y se derrumba en el último tercio del siglo xx. La clase de los trabajadores asalariados se diversifica internamente hasta tal punto que los intereses de sus estratos entran con frecuencia en conflicto abierto; la estrategia insurreccional contra el capitalismo desaparece de escena (en buena parte debido a la carencia de un proyecto socialista verosímil), y esa «conciencia de clase» que mantuvo fuertemente cohesionado al conjunto deja progresivamente de operar.¹³ Por tanto, el movimiento obrero clásico aludido entra en crisis como proyecto conjunto, ante todo, como consecuencia de estos hechos. Pero, además, sufre grandes transformaciones internas como resultado de los enormes cambios que afectan al capitalismo después de la Segunda Guerra Mundial y hasta hoy: los Años Dorados del capitalismo central (de 1945-1950 a 1973-1974, en lo que hoy es la OCDE pero con efectos sobre la economía mundial); el impacto del postindustrialismo sobre la clase trabajadora industrial clásica, que transforma la estructura de esta; el impacto ideológico sobre la izquierda y sus estrategias de las coyunturas de 1968 y de 1989-1991; y el tremendo impacto objetivo sobre la vida de las clases trabajadoras del mundo, y por tanto, sobre el movimiento obrero, de un cuarto de siglo de hegemonía neoliberal.¹⁴

La relativa estabilidad estadística de la clase trabajadora industrial en las distintas regiones del mundo, y especialmente en los países de capitalismo avanzado, convive con una creciente disolución de la cultura obrera y de las formas de vida y de socialización que prevalecieron, según los países, hasta la primera mitad del siglo pasado. El hecho de ocupar una posición más elevada en la estructura de clases, así como el acceso a pautas de consumo compartidas con la clase media (vivienda de propiedad, coche, vacaciones y ocio), han diluido relativamente sus rasgos más definitorios y característicos. La cultura obrera fue una construcción destinada a articular la clase social y a construir un entramado cul-

tural-institucional en el cual los trabajadores industriales se podían reconocer. En ese sentido preciso, y esa es la idea que transmiten las palabras de Hobsbawm citadas, fue un instrumento de defensa que tuvo gran eficacia según los lugares y los momentos, un instrumento que hoy en la mayoría de países del centro está completamente desdibujado o, sencillamente, ha dejado de existir.

La manifestación de este hecho es tanto política como cultural. En el primer sentido, cada vez resulta más complicado identificar como un hecho dado la orientación política de la clase obrera industrial. Es una situación compleja que sigue pautas muy diferentes según sean los momentos y la coyuntura histórica o económica. Las crisis sociales que han marcado a muchas sociedades europeas en los últimos veinte años nos proporcionan una buena cantidad de ejemplos en los que visualizar esta situación nueva, por ejemplo a través de los conflictos producidos dentro de la fuerza de trabajo protagonizados por sectores de la clase obrera industrial y los colectivos de inmigrantes por el acceso a algunos bienes del estado de bienestar, especialmente cuando estos son escasos; o podemos también pensar en la orientación de voto de esos sectores obreros.¹⁵ Cultural, porque la cultura de masas y las formas de vida características de la modernidad han tenido un impacto decisivo en las tradiciones de clase y en sus manifestaciones culturales y no ha habido de momento ninguna estrategia defensiva eficaz o un intento exitoso de reconstruir una nueva cultura. Quizás sea en este terreno cultural donde, al menos en los países avanzados, la situación de la clase obrera industrial sea más precaria y de donde salga la mayor hipoteca para el futuro del movimiento social de los trabajadores.

Estos desarrollos contienen orientaciones muy diversas y aun contradictorias. Pero en términos generales desmienten las expectativas iniciales de una polarización extrema y un crecimiento arrollador de la proletarianización (aunque, ya se ha dicho, observando el fenómeno globalmente, la caracterización de lo que ocurre puede ser muy diferente). Desde entonces y hasta hoy, y en un reflejo paralelo al estado anómico de la izquierda mundial, el movimiento obrero atraviesa una parecida situación de desorientación, crisis y, sobre todo, búsqueda de nuevos caminos para transitar en su pugna con las fuerzas beneficiarias de la economía de mercado, tal como muestran los capítulos de este volumen.

Noticia de la situación actual

Este libro contiene un puñado de relatos sobre el estado del movimiento obrero de hoy en una muestra de países y los objetivos principales que guían su actividad. Pero enseguida descubrimos que, en realidad, se trata de dos grandes tipos de movimientos. Por un lado, están los de los países del núcleo, ilustrados aquí por los casos de Estados Unidos, Canadá y Alemania. Son muy diferentes entre sí, como comprobará el lector o lectora, pero relativamente homogéneos si se los compara con los otros casos. Y lo son porque presentan algunas características diferenciadoras en común: sus organizaciones representan ante todo a la fuerza

de trabajo «instalada» que mantiene las mejores condiciones relativas de trabajo y de vida, o al menos no representan predominantemente a los sectores más precarios y necesitados de la clase; tienen dificultades para actuar autónomamente y despegados de unos poderes públicos que con frecuencia buscan cooptarlos institucionalmente (y de ahí el perfil de «instituciones de orden» que ofrecen con alguna frecuencia los sindicatos); y son a la vez los principales perjudicados y parte de los factores causales que explican la sustanciosa pérdida por parte de la fuerza de trabajo de esa característica de su situación que los analistas de izquierda solían denominar «conciencia de clase» y que Hobsbawm, más arriba, explica tan bien al referirse al movimiento obrero clásico. Las tareas prioritarias que se fijan para sí mismos son igualmente diferenciadoras respecto de las propias del otro grupo: oscilan entre la adaptación pura y simple al sistema de mercado y las presiones reivindicativas por recuperar las instituciones y prácticas del estado del bienestar (o al menos para impedir su hundimiento).

El caso norteamericano es el de un movimiento obrero a la vez en crisis y prisionero de un pasado reciente, con los principales sindicatos gobernados internamente por turbias figuras y en franca cooperación con las corporaciones capitalistas, algo que se puede encapsular gráficamente en la caracterización de su política exterior como *labor imperialism*.¹⁶ El capítulo 5, de Michael Yates, contiene un jugoso análisis de los datos estadísticos disponibles sobre la clase trabajadora estadounidense actual que, probablemente, señalen tendencias para el futuro y para muchos otros países. Complementa así muy bien los capítulos de tema conexo números 1, 2 y 5 del volumen anterior¹⁷ y constituye un sólido recordatorio de las distinciones conceptuales que hemos señalado más arriba entre clase, movimiento y organizaciones. El capítulo 6, debido a Paul Buhle, es un pequeño e ilustrativo compendio histórico del movimiento sindical norteamericano de los últimos cien años, mientras que el capítulo de Elly Leary (el 7) se centra en la situación de crisis y ambiente de fin de época que reina hoy en este movimiento, a la vez que señala los caminos que tiene ante sí para intentar revertir la situación. Para el caso de Canadá (capítulo 3, debido a Barry Brennan), el análisis muestra que las organizaciones sindicales, a diferencia del caso norteamericano, están lejos de una crisis pero, a la vez, en una situación sin perspectiva de futuro en la medida que presiden una dinámica de «desorganización de la clase» (prevalecen las estrategias individuales) y se contentan con un tibio reformismo al estilo europeo cuyo objetivo principal es la conservación del estado del bienestar. En uno y otro caso, se pone de relieve que el movimiento obrero es cada vez más organización y menos movimiento; que apuntan indicios de que se hace necesario, para una nueva generación, la vuelta a los ideales del socialismo y una política laboral más agresiva; y que, finalmente, a pesar de los datos descorazonadores de desmovilización de la fuerza de trabajo, las organizaciones del movimiento obrero, y especialmente los sindicatos, sirven ocasional pero significativamente para renovar la atmós-

fera ideológica de la clase (por ejemplo, por medio de la confluencia con los movimientos sociales de nuevo tipo que combaten la globalización neoliberal) e impedir los abusos más extremos de la política neoliberal. En relación con este último punto, las recientes elecciones generales del 23 de enero, que permitirán formar un gobierno minoritario al Partido Conservador, pondrán sin duda al movimiento obrero, y en primer lugar a los sindicatos, ante la necesidad de un cambio de política.¹⁸

El capítulo 3, de Ingo Schmidt, sobre el interesante caso alemán analiza la situación del movimiento obrero durante los siete años de coalición de centro-izquierda (socialdemócrata y verde), es decir, en una situación aparentemente de «gobierno amigo» desde 1998 y con una práctica regular de experiencias neocorporativistas (pactos sociales) entre sindicatos, patronales y gobierno centradas en el estado del bienestar. Como señala perceptivamente el autor, en una valoración que se puede hacer extensiva a no pocos de los países del primer mundo, el dilema actual se puede enunciar así:

De ser un conjunto de instituciones que integraba a la clase obrera en el sistema capitalista, a la vez que elevaba las condiciones sociales de los trabajadores, el estado del bienestar podría convertirse en un instrumento de defensa de los privilegios de una nueva clase media surgida como producto colateral de ese mismo sistema (p. 29).

La referencia a que los sectores de la aristocracia obrera han sido cooptados en los estratos bajos de la clase media no puede ser más clara, una idea que remata el autor con el aserto de que esa situación privilegiada de clases medias y clase trabajadora instalada se mantiene a expensas del sector trabajador más empobrecido, planteamiento que recuerda la fórmula de la «sociedad de los dos tercios» que desarrollaron los sectores de izquierda de la socialdemocracia del SPD hace unos años. Hoy, sin embargo, como señala el autor, el movimiento sindical no puede ya contar con el apoyo del partido socialdemócrata, que el autor caracteriza como un «partido de tercera vía», algo que se vio con claridad en las recientes elecciones generales, a las que se presentó un nuevo partido escindido del SPD que intenta recuperar la tradición de keynesianismo de izquierdas de ese partido. Si a eso añadimos el alto nivel de paro y las reformas económicas en curso y en preparación, la conclusión es que el componente obrero del pacto corporativista alemán está arruinado y el movimiento obrero de ese país en una encrucijada.¹⁹

Las tareas que se plantean los *otros* movimientos obreros considerados, los de Venezuela, Zimbabue, México y Bolivia, tienen más que ver con una fase ascendente del ciclo de reivindicación y protesta colectiva que con esas tareas de activismo centrado en cuestiones de ciudadanía y bienestar propias de los movimientos del centro. Y no es de extrañar. En algunos casos, la situación de las clases trabajadoras de esos países partía de un escenario devastado por dictaduras

y el exterminio de las tradiciones obreras y laborales propias por desarrollos políticos de ese tipo, por las políticas neoliberales o por ambas cosas a la vez. Las tareas que ocupan su actividad principal tienen que ver con la mera supervivencia, con la pugna por reinventar los movimientos y, sobre todo, sus organizaciones, y con diseños políticos más amplios que buscan implantar o fortalecer un sistema democrático o que tienen por horizonte explorar nuevas prácticas políticas y de reorganización de sus sociedades.

El de Venezuela es un caso claro de reinención de un movimiento obrero caracterizado tradicionalmente, en lo relativo a sus organizaciones, por la corrupción (económica y política) y la colaboración de clase. La oportunidad política abierta por el acceso al poder ejecutivo de un «gobierno amigo», de perfiles ideológicos poco definidos pero con una vital orientación antiimperialista, ha contribuido a fijar unas tareas para el movimiento obrero que, en lo esencial, pasan por materializar también aquí un giro a la izquierda, organizar de nuevo las instituciones del movimiento y aplicarse a una serie de avances en lo que a conquistas sociales se refiere. ¿Revolución en Venezuela? No lo creemos. Aunque sí contribuirá probablemente a organizar un frente para contener al imperialismo norteamericano y tratar de paliar, o revertir, los efectos de las políticas neoliberales que emanan de ese centro. En ese camino, es de esperar que el renovado movimiento obrero aproveche la oportunidad para establecer nuevas instituciones y tradiciones que permitan en el futuro, eventualmente, contribuir a abrir el país a experiencias políticas igualitarias y democráticas.

Bolivia ilustra muy bien qué ocurre con un determinado movimiento obrero (y una sociedad) cuando, como sucedió entre 1964 y 1982, los golpes y las dictaduras militares se instalan en la dinámica social. La originalidad de su historia reciente consiste en que, una vez instituida la «democracia procedimental» en 1982, un poderoso movimiento de izquierdas y de presión popular desde abajo ha dado al traste con los planes de las oligarquías locales y los intereses imperialistas. Durante la última generación, además, según describe en su magnífico análisis Jeffery Webber, se produce por primera vez la confluencia, aunque con claroscuros, entre la protesta obrera clásica (simbolizada por la Central Obrera Boliviana) y los nuevos movimientos indigenistas que han llevado finalmente a la presidencia a Evo Morales el 4 de diciembre de 2005 como consecuencia de unas elecciones generales que ganó por mayoría absoluta el MAS. Tenemos aquí un caso claro de un movimiento obrero y popular cuya tarea reciente y actual, muy lejos de los problemas y tareas de los movimientos de los países centrales, ha consistido en contribuir a sostener e impulsar, en palabras de Webber, «un impresionante despliegue de política radical desde abajo» (p. 152) con la finalidad de traducir en poder político la combinación de crisis profunda del Estado neoliberal y esa rearticulación entre la izquierda y los movimientos indigenistas (que representan a la mayoría de la población) que mencionábamos. El artículo tiene el interés añadido de mostrar cómo, a

veces, un sólido análisis y argumentos pueden establecer una conclusión errónea; en este caso, el pronóstico final, aparentemente errado, de la progresiva conversión de Evo Morales, elegido presidente de la nación con posterioridad a la redacción del artículo, en un «político tradicional».²⁰

El capítulo 4, de Dan La Botz, completa el análisis sobre el movimiento obrero mexicano publicado anteriormente²¹ e ilustra sobre otro caso donde la tarea principal en tiempos recientes parece ser la reorganización de las fuerzas de izquierda y la lucha por democratizar el país.

El caso de Zimbabwe, finalmente, además de poner de relieve hasta qué punto los problemas y desarrollos de África son desconocidos para el público del resto del mundo, es también ilustrativo de la contribución del movimiento obrero a la lucha por democratizar el país (en un contexto de experiencias históricas fuertemente represivas para las clases populares) y tratar de ganar la hegemonía política para las fuerzas de la izquierda.

¿Dónde va el movimiento obrero? La conclusión, provisional y parcial, de los análisis contenidos en este libro parece ambivalente: está bien vivo y pleno de proyectos de futuro, pero su estructura interna es claramente dual y, en términos histórico-comparativos, exhibe síntomas de cambio de rumbo y tal vez de retroceso. A pesar de todo, «los segmentos más lúcidos del movimiento obrero de siempre», en expresión gráfica de un conocido analista español,²² constituyen un activo imprescindible para toda izquierda posible. Conviene añadir, para concluir, que, además, los diversos movimientos nacionales parecen compartir una carencia: tienen grandes dificultades para integrar en las organizaciones obreras (principalmente, en los sindicatos) a la creciente fuerza de trabajo precaria que se encuentra en la economía informal, un desencuentro que está marcando y va a marcar el eje estratégico de las luchas sociales; como dice la socióloga turca Fatma Ülkü Selçuk, experta en el tema:

Si los sindicatos se muestran incapaces de introducir medidas efectivas en contra de la creciente tendencia al desempleo y al trabajo precario, el movimiento obrero sufrirá una severa derrota. De la misma manera que los capitalistas debilitan a los trabajadores sindicalizados del sector formal con la amenaza de traspasar sus puestos de trabajo a los trabajadores no organizados del sector informal, disciplinan a todos los trabajadores con la amenaza de reemplazarlos por los parados. Parece claro que, a menos que los sindicatos logren desarrollar formas efectivas de lucha, desaparecerán antes o después del escenario de la historia.²³

III. Despedida a Harry Magdoff

Con el número cerrado, nos llega la noticia de la muerte de Harry Magdoff el 1 de enero de 2006. Fue uno de los fundamentos de la aventura de socialismo heterodoxo y criterio propio que ha sido y es la *Monthly Review* norteamericana.

Aportó a esta su destreza de economista radical, su pasión por el trabajo intelectual bien hecho y centrado en la observación empírica, su dominio de las claves del imperialismo, su plétórica humanidad y su tozuda lealtad a la democracia y a los pobres y clases populares de todo el orbe. Nos despedimos de él con gratitud y emoción contenida en la seguridad de que, como Sweezy, ha marcado un camino en el que se reconocerá la izquierda del siglo XXI.

En homenaje a Magdoff, en el próximo número incluiremos la entrevista que sostuvo con Huck Gutman y en la que repasa elocuentemente sus opiniones sobre el capitalismo, el socialismo, los Estados Unidos, Irak, etc. De momento, para conocimiento del lector de habla castellana, publicamos a continuación la nota biográfica de despedida aparecida en el número de febrero de la *Monthly Review*.

Salvador Aguilar, Arcadi Oliveres y Carlos Zeller
Barcelona, 6 de febrero de 2006

Notas

1. Fred Magdoff y Harry Magdoff, «Trabajadores desechables: el ejército de reserva industrial en la actualidad», en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, nº 4, 2005, p. 71.
2. Véase *El País*, 14.11.2005, Sevilla: «El ex coordinador de IU y ex secretario general del PCE, Julio Anguita, apostó ayer por “relanzar” a este partido, ya que el movimiento obrero “no existe, de lo decaído que está”, los sindicatos están “dentro del aparato del Estado”, y la única “actividad” de los partidos de izquierda es “la electoral”».
3. Véase Herbert Blumer, «Social movements», cap. 1, en Barry McLaughlin (ed.), *Studies in social movements. A social psychological perspective*, The Free Press, Nueva York, 1969, p. 8.
4. Eric Hobsbawm, *Labouring men. Studies in the history of labour*, Basic, Nueva York, 1964, p. 335.
5. La noción de OMS se usa en la teoría social y la introducen en la sociología de los movimientos Zald y McCarthy; véase Mayer N. Zald y John D. McCarthy, *Social movements in an organizational society. Collected essays*, Transaction, New Brunswick 1987, pp. 20-21. Y la definen de este modo: “Una OMS es una organización compleja, o formal, que identifica sus objetivos con las preferencias de un movimiento social, o de un contramovimiento, y trata de llevar a la práctica esos objetivos”.
6. Véanse los convincentes argumentos de Harry y Fred Magdoff en el texto aludido en la nota 1.
7. Wolfgang Abendroth, *Historia social del movimiento obrero europeo*, Laia, Barcelona, 1980, p. 15.
8. Eric Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1969, p. 145.
9. Abendroth, *ibid.*, p. 32.
10. *Labouring men*, p. 336.
11. Immanuel Wallerstein, “Una política de izquierdas para una época de transición”, en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, nº 3, *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Ed. Hacer, Barcelona, 2005, p. 147.
12. Eric J. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995, pp. 307-308. Se han corregido algunas palabras y extremos del texto de acuerdo con la versión original: E. J. Hobsbawm, *The age of extremes. A history of the world, 1914-1991*, Pantheon, Nueva York, 1994, pp. 305-306.
13. Hobsbawm atribuye centralmente la crisis del movimiento obrero a este motivo: «El factor que se enfrenta a una crisis más seria es la conciencia de clase, esa condición a partir de la cual nues-

tros partidos originalmente se fundaron. El problema no es tanto la desproletarización objetiva que se ha producido como consecuencia del declive del trabajo industrial al viejo estilo sino, más bien, el declive subjetivo de la solidaridad de clase.» Véase E. Hobsbawm, 1989, «Farewell to the classic labour movement?», en *New Left Review*, 173, p. 73.

14. Lo fundamental de estos cambios puede seguirse por medio de los datos y argumentos, probablemente los mejores, de Eric Hobsbawm en: *Historia del siglo xx*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995, y en su artículo de 1989 citado en la nota previa, pp. 69-74. También son recomendables los textos de Claus Offe, *La sociedad del trabajo*, Alianza Ed., Madrid, 1992, y Richard Sennett, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2000.
15. Hobsbawm menciona el hecho para el caso británico: «Así pues, los trabajadores cualificados y respetables se convirtieron, acaso por primera vez, en partidarios potenciales de la derecha política [...] El éxito de los gobiernos de Thatcher en Gran Bretaña se basó fundamentalmente en el abandono del Partido Laborista por parte de los trabajadores cualificados. El fin de la segregación, o la modificación de la misma, promovió esta desintegración del bloque obrero. Así, los trabajadores cualificados en plena ascensión social se marcharon del centro de las ciudades [...], dejando que los viejos y compactos barrios urbanos de clase trabajadora, o "cinturones rojos", se convirtiesen en guetos, o en barrios de ricos, mientras que las nuevas ciudades-satélite o industrias verdes no generaban concentraciones de una sola clase social de la misma magnitud» (*Historia del siglo xx*, op. cit., pp. 310-311).
16. O «imperialismo obrero». Véase al respecto el artículo, no incluido en este volumen, del antiguo sindicalista norteamericano Kim Scipes «Labor imperialism redux? The AFL-CIO's foreign policy since 1995», en *Monthly Review*, vol. 57, nº 1, mayo de 2005, pp. 23-36.
17. *El nuevo rostro del capitalismo. Rupturas y continuidades en la economía-mundo, I*, Monthly Review. Selecciones en castellano, nº 4, Hacer, Barcelona, 2005.
18. El partido socialdemócrata NPD (Nuevo Partido Demócrata) ha pasado de 19 a 29 escaños, pero su capacidad de influencia política por sí mismo es puramente residual.
19. Sobre la cuestión del significado del corporativismo en régimen democrático y el papel del sindicalismo europeo en su mantenimiento, véase el artículo del sindicalista noruego Asbjørn Wahl, «El movimiento obrero europeo: el legado ideológico del pacto social», en Monthly Review. Selecciones en castellano, nº 3, *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, pp. 103-117, Ed. Hacer, Barcelona, 2005. Y otro previo del mismo autor, no publicado en castellano: A. Wahl, «European Labor: Social Dialogue, Social Pacts, or a Social Europe?», en *Monthly Review*, junio de 2002, pp. 45-55.
20. Una de las fuentes que se maneja en el trabajo, Álvaro García Linera, sociólogo y antiguo dirigente del movimiento armado Ejército Guerrillero Tupak Katari, se ha convertido ya en vicepresidente del país como resultado de la formación de gobierno por el presidente Morales.
21. Aparecido en Monthly Review. Selecciones en castellano, nº 3, *Movimientos de resistencia al capitalismo global*: Richard Roman y Edur Velasco, «El zapatismo y el movimiento obrero en México en el cambio de siglo», pp. 25-42.
22. Carlos Taibo, «Noticia de nuestros movimientos antiglobalización», en *El País*, 6 de febrero de 2006, p. 14.
23. Fatma Ülkü Selçuk, «Dressing the Wound: Organizing Informal Sector Workers», en *Monthly Review*, vol. 57, nº 1, mayo de 2005, pp. 37-44.

Harry Magdoff

21 de agosto de 1913 – 1 de enero de 2006*

Harry Magdoff, coeditor de *Monthly Review* desde 1969, socialista y uno de los más destacados analistas económicos del capitalismo y el imperialismo, falleció en su casa de Burlington, Vermont, el 1 de enero. Tenía 92 años.

La obra más influyente de Magdoff, *The Age of Imperialism: The Economics of U.S. Foreign Policy* (1969, edición en castellano: *La era del imperialismo*, Editorial Actual, Madrid, 1973), tuvo un poderoso impacto sobre la izquierda estadounidense en tiempos de la Guerra de Vietnam. Otras obras destacadas del autor son *Imperialism: From the Colonial Age to the Present* (1978) y los cinco volúmenes de análisis económicos recopilados a partir de artículos aparecidos en *Monthly Review*, en coautoría con Paul Sweezy. En 2005 publicó junto a su hijo, Fred Magdoff, un notable trabajo que lleva por título «Approaching Socialism».

Harry nació el 21 de agosto de 1913 en el Bronx, hijo de una familia obrera de inmigrantes judíos rusos. Su primer contacto con Karl Marx se produjo a los 15 años con la lectura de la *Contribución a la crítica de la economía política* (en castellano: Editorial Comares, Granada, 2004). Tal y como recordaría él mismo más tarde: la obra «me dejó atónito» y «me llevó a empezar a leer sobre economía». Cursó estudios de ingeniería, matemáticas y física en el City College de Nueva York, donde vio suspendida su escolaridad por sus actividades políticas de izquierdas, entre ellas la pertenencia al Club de Problemas Sociales y la edición de su boletín, *Frontiers*. Harry también participó activamente en la Liga Nacional Estudiantil [National Student League], como editor (junto a la celebrada poeta Muriel Rukeyser) de la publicación de la organización, *The Student Review*, en los años 1932 y 1933. Fue en esa época cuando contrajo matrimonio con Beatrice Greizer (Beadie entre los amigos). Tras graduarse en ciencias económicas por la Universidad de Nueva York, trabajó para diversas agencias del New Deal, entre ellas la Administración del Progreso del Trabajo [Works Progress Administration], para la que desarrolló medidores de la productividad en la manufactura que todavía hoy continúa utilizando el Departamento de Trabajo, y la Junta Asesora y de Defensa Nacional. Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra, Harry ingresó en la Junta de Producción Militar, donde fue responsable de inspección, planificación y control de las fábricas productoras de maquinaria y equipos para plantas de procesamiento de metales. En 1944 se convirtió en economista jefe de la División de Análisis Comercial Actual, del Departamento de Comercio. Más tarde fue asesor especial del secretario de Comercio (y ex vicepresidente) Henry A. Wallace.

Con la llegada del macartismo, Magdoff (convocado ante diversos comités de investigación del Congreso) fue definitivamente incluido dentro de la lista

* Aparecido en *Monthly Review*, vol. 57, nº 9, febrero de 2006, pp. 1-2.

negra y obligado a abandonar todas sus tareas en el ámbito gubernamental y de la política pública. A principios de la década de 1950 encontró empleo en Wall Street como analista financiero y corredor de bolsa y, en diversas ocasiones, asesoró a sindicatos sobre inversiones en fondos de pensiones. A finales de los años de 1950 entró a formar parte del equipo de la firma editorial Russell and Russell, especializada en libros de texto descatalogados. Entre otras obras, Harry se encargó de revisar el libro de W. E. B. Du Bois *Black Reconstruction in America*. Con la guía editorial de Harry, la empresa logró notables éxitos y, un tiempo más tarde, este pasaría a ser copropietario. La venta de la editorial a Atheneum en 1965 le reportaría la independencia económica y, tras unos cuantos años de ejercicio de la docencia en la Nueva Escuela de Investigación Social [New School for Social Research] y en Yale, acabó uniéndose a Paul Sweezy en calidad de coeditor de *Monthly Review* y sucesor de Leo Huberman, fallecido en 1968.

En sus años en *MR*, Harry fue muy solicitado internacionalmente como profesor, consejero y mentor tanto de activistas como de académicos. Los lectores de *MR* en todo el mundo lo recordarán por su talante afectuoso, por la brillantez y claridad de sus análisis y por su completa dedicación a los «parias de la tierra».

Precedido en su muerte por su esposa Beadie y su hijo Michael, a Harry Magdoff le sobreviven su hijo Fred, su hija política Amy Demarest y un nieto, David, con su esposa Pamela Velez.
